



La práctica de la medicina deben ser de excelencia

Isaac Newton dijo alguna vez: “Si hemos podido ver más lejos es porque hemos estado parados sobre hombros de gigantes”; mi padre, Guillermo Ruiz Reyes, sin duda mi mayor gigante, nos condujo a mi hermano Alejandro y a mí a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP): “Si se van a ir de Puebla, se van a la mejor escuela de Medicina del país”. Mi exposición ulterior a los ambientes académicos privilegiados en el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán, y más tarde en la Escuela de Medicina de la Clínica Mayo, me permitieron advertir la importancia de la educación médica de excelencia en la producción de médicos capaces de involucrarse en labores de asistencia, enseñanza e investigación y, en consecuencia, contribuir a hacer un mejor país.

La práctica y la enseñanza de la medicina no admiten mediocridades; la medicina es una profesión para privilegiados. El campo de trabajo de los médicos son los seres humanos y sólo el médico sabio puede hacerlo debidamente. Colaborar con la preparación de médicos mediocres es atentar contra la misma naturaleza humana, es en realidad un delito de lesa humanidad.

Me preocupan la poca productividad científica de los médicos mexicanos, el número tan bajo de investigadores que trabajan y publican, el desinterés científico y pedagógico de muchos colegas, el afán desmedido de los médicos por ganar dinero, las

acciones innecesarias que con frecuencia se emprenden en los tratamientos de los pacientes con el objetivo de obtener recompensas económicas en vez de devolverle la salud a los enfermos y la insensibilidad de quienes controlan los servicios privados de salud.

Me preocupa el costo progresivo de los nuevos medicamentos —inaccesibles para muchos mexicanos—, que dados los costos actuales de los medicamentos contra el cáncer la posibilidad de que una familia caiga en bancarrota es tres veces mayor si algún miembro lo padece, que las casas farmacéuticas estén más interesadas en generar fármacos para prolongar supervivencias que para curar, el número creciente de enfermedades creadas por la industria con el único afán de administrar medicamentos muchas veces innecesarios a los pacientes, los colegas que se involucran en la dicotomía, la intromisión desmedida de algunas compañías farmacéuticas en la vida de las sociedades médicas, que la preparación y actualización de los llamados líderes de opinión esté en manos de las compañías farmacéuticas y no de instituciones académicas.

Me preocupa que la enseñanza de la medicina se esté convirtiendo en un negocio y muchas escuelas de medicina convengan a sus alumnos de que su mejor opción es irse a trabajar fuera del país, que los médicos sean estimulados desde muy jóvenes a ganar todo el dinero posible y pocas

personas les digan que también es bueno trabajar por el bien común y me preocupa más aún que muchos colegas no se preocupen ni se ocupen de estos asuntos.

Desde hace más de 40 años he estado involucrado en la medicina y he tenido el privilegio de conocer a médicos humanos, a profesores excepcionales, científicos sobresalientes, gente sencilla y noble, a jóvenes estudiantes con una sana ambición de ser.

Los médicos somos descendientes directos de los hechiceros y sacerdotes; recurrimos a la racionalidad de la ciencia y a los recursos de la tecnología. Como a los hechiceros, se nos teme porque se nos necesita; se nos odia porque se nos ama; somos objeto de halagos y burlas; nos maldicen y nos llenan de bendiciones. Todo lo relacionado con el médico es ambivalente. Somos, muy probablemente, la profesión más asediada. **UP**

Extracto del discurso pronunciado por el doctor Guillermo José Ruiz Argüelles, egresado de la Facultad de Medicina de la UASLP, en la ceremonia en la que fue condecorado como Doctor Honoris Causa por esta casa de estudios, el 8 de agosto de 2017.